

HERMAN J. SAATKAMP JR., *A Life of Scholarship with Santayana. Essays and Reflections*, ed. de Charles Padrón y Krzysztof Skowroński, Brill Rodopi, Leiden y Boston, 2021, 349pp. ISBN: 978-90-04-44664-9 (hardback), 978-90-04-44665-6 (e-book).

La publicación de este volumen, editado por Charles Padrón y Krzysztof Skowroński, representa un acontecimiento reseñable por diversos motivos. Compila una serie de escritos de Herman J. Saatkamp Jr. sobre George Santayana. Santayana fue un pensador nacido en el s. XIX y fallecido en el XX que gozó de fama en vida (fue portada de la revista *Times* y su libro *El último puritano* fue *Book of the Month*) cuya obra no forma parte del currículum actual de la mayoría de instituciones dedicadas al estudio de la filosofía. Para Saatkamp, esto es irónico, ya que, en su opinión (en la de Hilary Putnam, etc.), Santayana fue un adelantado a su época y su obra puede ayudarnos a afrontar problemas del presente. Saatkamp es uno de los mayores estudiosos de Santayana a nivel mundial (si no el mayor), de modo que contar con una compilación de textos que sinteticen lo que tiene que decir sobre él puede contribuir a otorgar a Santayana el lugar que le corresponde dentro de la historia del pensamiento. Saatkamp es también el responsable de la edición crítica de la extensa obra de Santayana actualmente en curso, de modo que no solo puede presentar su pensamiento teóricamente, sino respaldarlo materialmente y ofrecerlo al público para que lo lea razonablemente de primera mano. Saatkamp es, además, un teórico del proceso de edición, y este volumen incluye algunos de sus escritos que lo atestiguan. El libro en sí mismo supone un ejemplo de buena edición. Todo esto, vehiculado por la claridad con que Saatkamp se expresa, hace su lectura muy recomendable.

El libro está dividido en cuatro partes. En la primera, podemos encontrar los ensayos en que Saatkamp presenta el pensamiento de Santayana. Para él, puede entenderse a partir de cuatro elementos entrelazados: su materialismo, su relativismo moral, su defensa del autoconocimiento y su celebración de la vida.

Seguramente, la obra de Santayana a la que debemos recurrir para empezar a entender su materialismo es *Escepticismo y fe animal*. En ella, Santayana muestra que, si dudamos de todo lo que creemos saber para buscar un conocimiento absolutamente infalible, acabaremos atrapados en un solipsismo en que ni el conocimiento ni la expresión serán posibles, puesto que nuestro pensamiento se articula lingüísticamente y podríamos dudar cartesianamente de la validez de nuestro lenguaje mismo, de forma que quedaremos reducidos a una condición de pura receptividad. Tras ello, propone dejar a un lado el fundacionalismo, puesto que del solipsismo no se puede salir con argumentos, para señalar lo que llama “fe animal”. Al parecer de Santayana, no hablamos, actuamos o tratamos de conocer las cosas porque haya argumentos fundacionales para hacerlo, sino porque nuestra naturaleza nos mueve a ello: confiamos naturalmente en que merece la pena actuar para sobrevivir. El materialismo de Santayana consiste, pues, en afirmar que la base de nuestras vidas y de nuestro pensamiento es un impulso animal y material a la acción. Nuestra

conciencia o, en palabras de Santayana, nuestro espíritu, sería, de este modo, el producto de nuestros impulsos naturales (que, en última instancia, no se diferenciarían sustancialmente de los impulsos del resto de animales para beber agua o cazar gacelas), y no el fundamento metafísico de donde parte todo lo demás.

En opinión de Saatkamp, esta perspectiva es muy adecuada para la actualidad, dado que una filosofía que se precie debe estar en consonancia con la ciencia de nuestro tiempo, y ambas concordarían, usando la expresión de Santayana, en la defensa de “la autoridad de las cosas” (p. 214). Esto constituiría una posición sólida si, efectivamente, supiésemos con absoluta certeza qué son en el fondo las cosas. Pero no está claro que esto sea así. Dicho de forma sumaria: la materia trasciende nuestra capacidad de conocerla. Tomando en consideración, por ejemplo, el falsacionismo de Popper, nos asalta el problema de que el método científico trabaja con símbolos y es él mismo simbólico. Resultaría ingenuo considerar, dada la historia de la ciencia, que las neuronas, los quarks o los neutrinos son partículas elementales y, por así decir, la última cara de las cosas. Nos sirven para calcular, tratar de predecir fenómenos y usar dichos cálculos para lo que consideramos que es nuestro provecho, pero afirmar que son *nuestra última palabra* acerca de la realidad resultaría precipitado. El mayor problema que esto conlleva no es, como han sugerido algunos autores del ámbito de la teoría del conocimiento de corte anglosajón, que debamos hablar de otra manera y decir “creo” en lugar de “sé”, sino las implicaciones políticas que puede acarrear, y el concepto de “autoridad” es eminentemente político.

Ante esto, la influencia de Ralph Waldo Emerson, uno de los precursores americanos de Santayana que Saatkamp menciona, podría haber sido de mayor ayuda. Ante el problema planteado, Emerson sugeriría que mantener el diálogo entre la posición escéptica que deriva en el solipsismo y una postura materialista moderaría los ejercicios de poder de ambas al situar la autoridad última como trascendente siempre, siempre más allá, en otra parte. Desde los diálogos platónicos contamos con la advertencia de que, en muchos casos, cuando alguien dice conocer algo, en realidad lo que está diciendo es que cree tener derecho a imponerlo. La disolución del escepticismo conllevaría, en este sentido, sencillamente el intento de ejercitar el poder absoluto.

A este respecto, Santayana se mostró honesto y afirmó ser un “dogmático relativista”, pero podríamos encontrar serios problemas para identificar a alguien de esta condición como filósofo. No es lo mismo saber que no se sabe qué es el bien que afirmar que se sabe que el bien es relativo. Santayana pecaría a este respecto de lo mismo que critica Saatkamp del pragmatismo (que al subordinar la verdad al uso puede generar ficciones peligrosas). Jugando con los conceptos: la consecuencia de considerar que la verdad está subordinada al uso o a la supuesta materia sería, casi con toda seguridad, un abuso de poder o (lo que es lo mismo) un desconocimiento de nosotros mismos. Considerar cuáles son mis gustos, valores, etc. no es conocerme a mí mismo sino tener una opinión de mí mismo, en la medida en que puede que solo tenga sentido distinguir entre verdadero conocimiento y opinión si lo hacemos considerando una diferencia cualitativa. Por ello, el pensamiento de Santayana puede sernos útil, pero no está claro si para la promulgación de la filosofía o de algo que podríamos llamar, en términos generales, una visión más del mundo. Por supuesto, esta perspectiva es discutible en la medida en que forma parte del ámbito de la filosofía discutir lo que ella misma es.

Parte de lo que Saatkamp tiene que decir sobre Santayana consiste en ligar su pensamiento a su forma de vivir, y esto tiene valor en sí mismo en un momento en que no parece claro que un filósofo deba vivir de acuerdo con lo que piensa. Por ello, sus escritos sobre Santayana son ampliamente biográficos, buscando en sus condiciones

materiales de vida la explicación de su pensamiento. De la relación entre pensamiento y vida en el caso de Santayana, se derivaría un dogmatismo relativista que Saatkamp compara con el cosmopolitismo de Kwame Anthony Appiah, y que se caracterizaría por entender que, dado que nuestro pensamiento deriva de nuestra naturaleza material, el bien para cada uno es un producto de la misma y resulta en cada caso final: cada uno cree en su propio bien de acuerdo con su naturaleza y su vida. Si todo el mundo entendiese las cosas de este modo, cabría esperar el respeto y la concordia entre diversas formas de vida, siempre que las distintas posiciones en cuestión fuesen moderadas. Pero también podría haber naturalezas opuestas que estuviesen insolublemente en conflicto. Finalmente, Saatkamp insiste acertadamente en que la obra de Santayana está bañada de principio a fin de una alegría hasta cierto punto irónica que le permitió celebrar la vida incluso en circunstancias adversas, y muestra que esta visión (sumada a su materialismo) podría identificarse con la de Spinoza.

La segunda parte del libro está dedicada a diversos escritos de Saatkamp sobre el proceso de edición. En ellos comenta el papel que pueden desempeñar en la edición las técnicas más vanguardistas y cuáles son los retos, nuevos o de siempre, del proceso de edición riguroso. Saatkamp muestra con claridad reseñable la multitud de elementos que giran en torno a la idea reguladora del proceso de edición, que es la intención del autor, y cómo puede uno guiarse en el entramado de problemas que deben afrontarse, como los casos en que tal vez el bien público pueda justificar la vulneración de la privacidad del autor, etc. Podría decirse que lograr representar de forma adecuada la intención del autor o el significado de su obra consiste en conseguir, tras un laborioso proceso, que lo complicado se muestre de forma sencilla.

La tercera parte versa sobre genética y el futuro de la filosofía. En ella, Saatkamp traza un paralelismo entre el pensamiento y la genética en consonancia con su naturalismo de corte santayanesco y muestra cómo puede considerarse de un modo muy plausible que nuestro organismo, a nivel biológico, funciona editando. Además de esto, comenta y discute la relación entre Santayana, algunos de los representantes de la *Vanderbilt Library of American Philosophy* (de la que Emerson está ausente) como Dewey, Rorty y otros clásicos del pragmatismo, planteando sus puntos de confluencia y de discrepancia. Según Saatkamp, Dewey le parecería a Santayana poco radical y naturalista en su planteamiento, Rorty demasiado antiesencialista, y el pragmatismo en general, útil en muchas ocasiones, adolecería para él de una falta de especificidad en sus recomendaciones y, como he mencionado, de fomentar la composición de ficciones en ocasiones peligrosas, al abogar por la subordinación de la verdad a lo útil. Tras ello y un homenaje a John Lachs, director de la tesis doctoral y mentor de Saatkamp, considera que el futuro de la filosofía puede, y hasta cierto punto debe, pasar por recobrar la lectura de Santayana e incorporarla a nuestra perspectiva.

Resulta valioso entender la última parte del libro como fruto de lo estudiado en las tres primeras. Está compuesta por un texto de Skowroński y otro de Saatkamp, a través de los que entablan una discusión respetuosa y profunda, lo que puede suponer una imagen clara de lo mejor que tiene la academia desde su fundación en los diálogos platónicos. Dicha discusión se centra en tres aspectos: qué puede aportar la obra de Santayana a las nociones de multiculturalismo o cosmopolitismo, si la tarea editorial de Saatkamp puede equivaler a la composición de un libro (como el que tenemos entre las manos) y, sobre todo, qué significa el silencio de Santayana ante el Holocausto nazi. Skowroński considera inadecuado el silencio de Santayana porque no concibe que un pensador de su talla pueda mantenerse impasible ante una catástrofe civilizatoria así, especialmente porque, a su parecer, tuvo la oportunidad de expresarse en *Dominations and Powers*, el libro que estaba componiendo durante esa época, de carácter claramente político. Saatkamp argumenta que por aquel entonces Santayana

no estuvo dedicado a dicho libro, sino a solucionar sus problemas económicos y los de su editor, por un lado, y que el naturalismo de Santayana relativizaría la importancia del Holocausto, por el otro: sería tan considerable como las crueldades cometidas en cualquier otra guerra o como la lucha por la supervivencia en que consiste la adaptación de las especies. Ni más ni menos.¹

Esta última parte representa adecuadamente qué es lo más valioso del libro: nos demuestra que el estudio riguroso, sumado a la disciplina editorial y a la voluntad de vivir de la mejor forma posible en diálogo con nuestros semejantes puede ocupar y ordenar una vida de modo que podamos celebrarla. Si la academia o un texto concuerdan con ello, seguramente podamos decir que no existen en vano.

Fernando Vidagañ Murgui

¹ Hasta cierto punto en consonancia con esto, Antonio Lastra plantearía en una sesión de *Filópolis*, el seminario permanente de filosofía política de *La Torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados*, que sacralizar el Holocausto implica no haber entendido el conflicto estructural entre el pensamiento y cualquier civilización, cuya imagen paradigmática sería la muerte de Sócrates a manos de la Atenas democrática. En <https://www.youtube.com/watch?v=v1mqUbacwGo&t=5186s>.